

LOS ONETTI Y JORGE LUIS BORGES

PABLO ROCCA

Universidad de la República (Uruguay)

xprocca@adinet.com.uy

A pocos meses de la caída de Juan D. Perón, en junio de 1956, el ya muy célebre Jorge Luis Borges volvió a Montevideo. Fue un regreso triunfal del escritor cada vez más encaminado a la ceguera. Dos factores se conjugaron para que su arribo fuera todo un acontecimiento: la persecución de que había sido objeto por el régimen depuesto y la protección de la autoproclamada «Revolución Libertadora», que acababa de distinguirlo con la dirección de la Biblioteca Nacional. El escritor ofreció una conferencia de prensa. Entre los asistentes estaba Juan Carlos Onetti, radicado en Montevideo pocos meses atrás después de vivir tres lustros en Buenos Aires.

En 1945, Borges fue invitado por María V. de Muller, directora de la institución semioficial «Arte y Cultura Popular», para dictar una conferencia sobre la literatura gauchesca, que en aquel mismo año se publicó en tres entregas del semanario *Marcha* y, luego, en un folleto que sacó Ediciones Número (1950). La timidez le impidió al autor leer sus propias páginas. De eso se encargó «*José Pedro Díaz, un joven profesor de literatura, [quien] leía el largo discurso con dicción impecable y una voz bella y sonora*». Al mismo tiempo, «*Borges permanecía sentado al fondo, apuntándole al texto invisible e inaudiblemente*» (Rodríguez Monegal, 1987).

Pero en 1956 Borges había vencido sus inseguridades y habló sobre diversos tópicos: Ariosto, Leopoldo Lugones, Gustave Flaubert. El mismo

despliegue de conferencias eruditas había manifestado antes de este retorcido largo y triunfal, entre 1949 y 1953, como sus discípulos del semanario *Marcha* anunciaron con esmero, y como en el diario *El País* Carlos Alberto Passos se encargó de perpetuar en prolijas versiones taquigráficas.

Fue por intermedio del director de «Literarias» de *Marcha*, Emir Rodríguez Monegal, que Borges y Onetti se conocieron, hacia 1947 o 1948, en una cervecería de la calle Corrientes. Cuenta el crítico que no hubo otra intervención del narrador uruguayo que la desdeñosa frase: «*Y ahora que están juntos, díganme, explíqueme, ¿qué le ven a Henry James, qué le ven al coso ese?*». Sus interlocutores contestaron la pregunta socarrona con seriedad y aplomo; poco después la tensa cita llegó a su fin (Rodríguez Monegal, 1969). En 1993 la única vez que entrevisté a Onetti volví a interrogarlo sobre la veracidad del episodio:

Sí, —contestó— nos reunió en un café que se llamaba La Helvética [...] Es curioso con Borges, en esa reunión hablamos de Henry James y yo decía que sus novelas eran un plomo. [...] Años después Borges dijo lo mismo. En ese entonces él defendía los relatos largos. Bueno, era muy tramposo Jorgito también. [...] Lo que pasaba era que ellos eran tres: Borges, Rodríguez Monegal y otro chico. Los tres tomaban café y yo me mandaba mis martinis secos, entonces se producía un desajuste espiritual y cerebral. Además, mis inhibiciones desaparecían mientras que ellos, con el café, las mantenían... Eso de decirles «¿qué le ven al coso ese?», era una grosería (Rocca, 1993).

Cuando en el 75 Onetti se exilió en España para siempre, tuvo ocasión de encontrarse con Borges. Por lo menos en Madrid, en 1982, pudieron cambiar ideas, viejas impresiones y un almuerzo que está documentado en una foto tomada por Dorotea Muhr, que publicó Omar Prego en su libro sobre Onetti (Prego, 1986). A ratos perdidos, el narrador uruguayo dio pruebas de recatada admiración por su colega, así cuando afirmó que el «*mejor cuento de J. L. Borges [es] «Hombre de la esquina rosada»»* (Onetti, 1995).

Hay una anécdota que ha corrido como una de las tantas ironías borgianas, o una broma de muy mal gusto. Quizá sea una y otra cosa, pero, invocando al mentado Henry James, cabe darle al asunto «*another turn of the screw*». En 1974 Jorge Ruffinelli entrevistó a Borges en su apartamento de Buenos Aires. Un pasaje del diálogo se detiene en Onetti, quien entonces estaba en auge, porque su obra empezaba a cobrar éxito fuera del Río de la Plata y porque la novísima dictadura uruguaya lo había hostigado con fiereza:

- ¿A qué escritores latinoamericanos actuales ha leído: a Juan Carlos Onetti?
- Lo conozco muy poco... Me acuerdo que era rengo, ¿no? ¿No era rengo?
- No.
- Sí, creo haberlo conocido pero nunca leí nada de él. Creo que ha muerto, además, ¿verdad?
- No, tampoco. Pero lo curioso es que usted premió a Onetti...
- ¿Cómo, cómo?
- *Sí, en 1941 usted fue jurado del concurso Losada. Onetti salió en segundo lugar con la novela Tierra de nadie, y en el primero Verbitsky con Es difícil empezar a vivir.*

– Sí, sí, creo que sí. Pero no lo recuerdo en este momento. » (Ruffinelli, 1987).

En realidad, Borges no estaba tan equivocado. Hubo otro Onetti que sí tuvo un padecimiento físico serio. Era primo hermano del consagrado narrador montevideano y también llegó a ser un escritor aventajado. Este otro, Carlos María Onetti Isasa, había nacido en Melo el 24 de octubre de 1894, y entre los testigos que figuran en su partida de nacimiento se encuentra su casi tocayo Carlos Onetti, padre del futuro autor de *El pozo*, quien iba a nacer en 1909¹.

En su pueblo natal, en el mismo en que Juana de Ibarbourou, Emilio Oribe y los hermanos José y Casiano Monegal escribían prosas y versos, Carlos María se destacó por su precocidad. Dirigió la revista estudiantil *Grecia* (1914), en la que también se inició el adolescente Justino Zavala Muniz, cuatro años menor que él; participó en veladas poéticas y musicales en los Teatros España y Cheroni –el primero de los mencionados aún en pie–; dictó una larga serie de conferencias que salieron por entregas en *El Deber Cívico* (enero-febrero de 1914). Eran charlas sobre los derechos de los trabajadores, bajo un firme ideario socialista, en las que invocó al líder uruguayo de esa ideología Emilio Frugoni y citó con ahínco frases del *Manifiesto comunista*. Ese mismo año, un trienio antes de la victoria de la Revolución bolchevique, reunió sus exposiciones en un folleto de 62 páginas titulado *El Obrero*, donde con inflamadas frases apela a los «*Eternos revolucionarios que habéis hecho los tres actos más hermosos que, en la Vida del Globo, son: La Revolución Francesa, la Commune y el 1º de Mayo*» (Onetti, C.M.).

Pero hay más. Luis Onetti Lima (Montevideo, 1874-Melo, 1940?), era también periodista y poeta, autor de algunas piezas sueltas y de un *Diálogo en un acto y en verso: ¡Guerra!- ¿Gloria o Delito?*, que se vendió a veinte centésimos, editado por *El Deber Cívico*, en Melo, en 1901, esto es: entre las dos insurrecciones saravistas y en el centro de poder del caudillo blanco. Este hombre fue tío de María Amalia Onetti, nacida allí el 19 de febrero de 1902², la primera esposa de Juan Carlos, hermana de su segunda esposa: María Julia.

De la capital de Cerro Largo, donde también se dedicó al magisterio, en 1918 Carlos María Onetti pasó a Montevideo y desde allí, muy pronto, se fue a Buenos Aires. En 1920 dio a conocer un libro de poemas: *El desfile asombroso*. En la última página del breve opus, el autor escribe: «*Los versos que componen este volumen primigenio fueron gestados en Melo y en Montevideo en el correr de los años 1918-1919*» (Onetti, C.M., 1920). Y eso se nota, porque está cargado de evocaciones épicas de aquella tierra que en su niñez se agitó con el ruido de las armas:

El regimiento pasa con sus bronces canoros
y el redoble estruendoso de tambores sonoros.
Las bayonetas brillan y reflejan el sol
que lento se desangra en purpúreo arrebol.
El regimiento pasa; la música altanera

hace vibrar los bélicos sonos de Mi Bandera,
y el alma popular / junto con ella vibra por la patria y el lar.
Hasta los más apáticos, hasta los más burgueses
sienten en las entrañas epopéyicas preces [...].

O porque, en tiempos de paz, recrea la vida pueblerina, con obvias reminiscencias de varios poemas de Julio Herrera y Reissig, como «El Ángelus», «Claroescuro» y «La Iglesia»: «*La esquila de la iglesia suena trémula; / la campana mayor, con voz tozuda / le responde, y el diálogo es el ángelus.*» («Anohecida»).

Desde muy joven, Carlos María Onetti había apoyado la formación de instituciones deportivas, pese a que era «*huérfano del caminar, inválido de niño*», como informa un cronista anónimo en *Semana Deportiva* (Sin Firma, 1944). En la misma publicación se indica que fue maestro de primaria, donde tuvo como alumno al futuro militar Oscar D. Gestido. A un discípulo de este último, llamado Simón López, se le ocurrió escribir dos cuartetas como despedida al que varias décadas más tarde llegaría a la Presidencia de la República. En la segunda, estampó unos versos deslucidos: «*Carlos Onetti no pudo caminar/ Y te enseñó a volar porque sentía,/ La pasión fervorosa de enseñar/ Poniendo en la lección ritmo y poesía*»

Radicado en Argentina sintió temprana atracción por las vanguardias, al punto que fue el primero en traducir al castellano el ensayo de Jean Epstein *La poesía de hoy* (Buenos Aires, circa 1920). Sin embargo no parece haberse vinculado a las revistas porteñas de mayor actividad innovadora, ya que no se ubican colaboraciones suyas en *Proa*, *Martín Fierro* o *Síntesis*, las revistas en las que Borges tuvo una intervención fundamental. No obstante, siguió con algunos débiles vínculos uruguayos, porque en el N° 11 de *La Cruz del Sur*, publicación montevideana semivanguardista, aparece su poema «Agua fuerte», eso sí: sin el menor destaque ni presentación de firma ajena.

Hacia 1925 Carlos María Onetti pasó a vivir en Paraná, provincia de Entre Ríos, donde enseñó Literatura en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario y en la Facultad de Ciencias de la Educación. Producto de esa tarea publicó el libro *Cuatro clases sobre Sarmiento escritor* (Onetti, C.M., 1939). Murió en 1940 con visible reconocimiento local, al punto que un lustro después una revista de Paraná, lo recuerda como un generoso animador local:

*Maestro inigualable por su versación, dignidad y agilidad docente, sembró su sabiduría en la atención de diversas materias: Lingüística, Literatura Castellana, Francesa, y Argentina y Americana*³ (Sin Firma, 1945).

Borges conoció a los dos Onetti. Al narrador excepcional y ya consagrado cuando el crítico uruguayo lo entrevista en el apartamento de la calle Maipú, pero también al otro, al respetado profesor de provincias. A este último, pudo cruzarlo en la década del veinte cuando compartían el gusto por la vanguardia. En los años subsiguientes los heredó la común admiración

por Domingo F. Sarmiento. Y cabe la posibilidad de una lectura suplementaria: Carlos María Onetti dio a conocer en la revista *Sur*, de la que Borges era asiduo colaborador y animador, un artículo sobre Juan Bautista Alberdi, uno de los intelectuales clave de la emancipación argentina, al que Borges admiraba mucho (Onetti, C. M., 1943).

Carlos María no era precisamente «*rengo*», pero sí estaba muerto cuando el desconcertado Ruffinelli le recordó a Borges que había premiado una novela que no le correspondía a él sino a su primo, al que no recordaba o al que fingió olvidar. Cuando Carlos María se instaló en Buenos Aires, Juan Carlos estaba terminando sus estudios primarios. Cuando el primero se convirtió en un estimado profesor que veneraba los clásicos rioplatenses, el segundo se empeñaba en fundar un nuevo proyecto literario, en el que se mostrara otra forma del «*ensueño*», ajena al surrealismo (en el que había confiado su pariente, el traductor de Epstein). Porque como dice en *El pozo*, el surrealismo no consiguió asir el «*alma de las cosas*», porque sólo «*es retórica*».

Incomunicaba a los parientes una década y pico de diferencia de edad, formaciones distintas, sensibilidades diversas y una distancia física infranqueable. Ante el asedio del periodista uruguayo en 1974, el recuerdo y el olvido de Borges contribuyeron en aquella ocasión, quizá involuntariamente, a definir la imposibilidad de ese diálogo entre dos escritores unidos por lazos de sangre y por mínimas circunstancias. Todo ese conjunto familiar, profesional y de «*vida literaria*», de cualquier manera, no deja de tramar las oscuras redes de la vida cultural rioplatense.

NOTAS

- 1 Partida N° 239, emitida en la Villa de Melo, Cerro Largo (Uruguay), el día 27 de octubre de 1984.
- 2 Partida N° 245, emitida en la Ciudad de Melo, Cerro Largo (Uruguay), el día 30 de julio de 1909. Fueron los padres de María Amalia, Lisandro Onetti Lima, «*de cuarenta y cuatro años*», y Laura Lisboa, «*de veintiún años de edad*».
- 3 Debo el conocimiento de este texto al profesor Jorge B. Rivera. El mismo está acompañado por un soneto inédito de Carlos María Onetti: «*Porque estás hecha de melancolía*».

REFERENCIAS

Onetti, C. M. *El Obrero*. Melo: Talleres Gráficos de «El Deber Cívico», 1914.

- Onetti, C. M. (1920). *El desfile asombroso*. Buenos Aires: Imprenta Schenone Hnos.
- Onetti, C. M. (1939). *Cuatro clases sobre Sarmiento* escritor. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
- Onetti, C.M. (1943). «Alberdi escritor». In *Sur*, Buenos Aires, N° 107.
- Onetti, J. C. (1995). *Confesiones de un lector*. Madrid: Alfaguara.
- Prego, O. (1986). *Juan Carlos Onetti (perfil de un solitario)*. Montevideo: Trilce.
- Rocca, P. (2/IV/1993). «Con Juan Carlos Onetti en Madrid: Mi amante la literatura», *Brecha*.
- Rodríguez Monegal, E. (1969). *Onetti o el descubrimiento de la ciudad*, Capítulo Oriental.
- Rodríguez Monegal, E. (1987). *Borges, una biografía literaria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ruffinelli, J. (1987) «Borges juzga a Borges». In *Borges, el último laberinto*. Montevideo: Linardi y Risso, pp. 347/364.
- Sin Firma (29/IV/1944). «Evocando figuras». In *Semana Deportiva*, Melo, N° 8.
- Sin Firma (agosto-setiembre 1945). «Carlos María Onetti: A un lustro de su muerte». In *Sauce*, N° 1.